

filas para recibirlos, y todos los demás oficiales devolvieron el saludo.

Entonces milord Carlos Hay, capitán de los guardias ingleses, dió cuatro pasos hácia adelante y gritó:

— Caballeros guardias franceses, tirad!

Al oír esto, el señor de Hauteroche, teniente de los granaderos, dió también cuatro pasos adelante y respondió en alta voz:

— Señores, nosotros nunca somos los primeros para tirar, tirad vosotros, si quereis.

Y se puso el sombrero, que hasta entonces había tenido en la mano.

Las seis piezas de columna comenzaron á jugar entonces y la fusilería hacia descargas por pelotones. A esta primera descarga cayeron entre muertos y heridos diez y nueve oficiales de los guardias y trescientos ochenta soldados; el coronel de los suizos Courten, su teniente coronel, catorce oficiales y doscientos sesenta y cinco soldados suizos. Los señores Clisson, Laugéy y Peyre, fueron del número de los muertos.

La columna inglesa avanzó entonces á la carrera.

El regimiento Real protegió la retirada de los guardias que pudieron volver á formarse á su espalda, y todos se reunieron bajo un reducto defendido por el regimiento del Rey.

La columna continuaba marchando siempre al mismo paso y disparando sobre la marcha, ejecutando esto con tal orden, que se veía á los mayores apoyar sus bastones sobre los fusiles de los soldados para que estos hiciesen buena puntería.

Los reductos de los bosques de Barri y de Fontenoy hacían un fuego muy vivo sobre la columna que marchaba, pero esta continuaba arrollando cuanto se oponía á su paso. Se había introducido el desorden en el ejér-

cito francés. El mariscal olvidando sus dolores, se hizo traer un caballo y lo montó. Como no tenía fuerzas para llevar coraza, tomó un escudo pequeño que arrojó al instante porque aquel peso por ligero que fuese era demasiado pesado para él en su situación.

El enemigo había pasado mas allá de las baterías de Fontenoy, que faltándoles balas tiraban con pólvora, solo para no dejar conocer que les faltaban proyectiles.

El mariscal envió al marqués de Meuse para decir al rey que pasase el puente. El señor Meuse encontró al rey inmóvil en medio de los fugitivos.

Luis XV le respondió al marqués:

— Estoy seguro de que el mariscal hará cuanto haya que hacer; pero yo permaneceré donde estoy.

La columna continuaba siempre avanzando.

Los fugitivos separaron por un momento al rey del delfín.

El conde de Ache vino á suplicar al rey que se alejase. Cuando vino el conde, una bala le rompió un pié y el dolor le hizo desvanecerse en presencia del rey.

— ¿Cómo es posible que estas tropas no sean las victoriosas? Decía Mauricio de Sajonia, al ver al señor de Guerchi con su regimiento atacar á la columna á la bayoneta.

La columna no se hallaba ya mas que á seiscientos pasos del rey, el que declaró al conde de Harcourt que estaba decidido á morir en el sitio en que se hallaba.

En aquel momento acudió el duque de Richelieu, ayudante de campo de Luis XV.

— ¿Qué hay? exclamó al verlo llegar el duque de Noailles; ¿qué novedad nos traeis?

— La novedad que traigo, dijo el duque, es que la batalla está ganada, si se quiere. El enemigo está tan asombrado con su victoria, que él mismo no sabe si

debe continuar adelante, porque no está sostenido por su caballería. Que se haga avanzar una batería contra él; que los reductos de Barri y de Fontenoy que ya no tienen balas redoblen su fuego, y todos caeremos sobre ellos como forrajeadores.

— Bien, dijo el rey, señor de Richelieu, poneos á la cabeza de mi escolta y dad el ejemplo.

Richelieu partió al galope; Pequigny encontró cuatro piezas que traían: el duque de Chaulnes reunió sus caballos ligeros, Soubise sus gendarmes, Grille sus genaderos á caballo, Jumilhac sus mosqueteros y Biron se mantuvo en Antoin con el regimiento de Piamonte.

Ya no estaba la columna mas que á cien pasos de la batería que se acababa de establecer por consejo de Richelieu. Se descubre de repente y comienza el fuego; tambien lo hacen al mismo tiempo Fontenoy y Barri; la infantería francesa ataca por el flanco á la columna, que la escolta del rey, la gendarmería y los carabineros atacan de frente.

Un instante estuvo todavía dudoso el suceso. La gigantesca columna hacia frente á todas partes.

Pero al fin el regimiento de Normandía empezó á destrozarla, despues los irlandeses, despues Royal. Poco tardó en verse aquella serpiente enroscándose titubear; separada ya en tres trozos dió su primer paso atrás.

Todo el mundo se reanimó entonces. Todo el ejército queria vengarse de ocho horas de derrota. La columna perseguida y fatigada tuvo al fin que cambiar su retirada en fuga desordenada.

Todos fueron destruidos ó prisioneros. Ni uno solo de aquellos quince ó diez y ocho mil hombres se hubiese salvado si su caballería no hubiese llegado para sostenerlos.

Luis XV habia lanzado su caballo é iba de regimiento en regimiento. Por todas partes se escuchaban los gritos de la victoria, allí mismo, donde un cuarto de hora antes no se oían mas que aullidos de rabia y estertores de agonía; los soldados arrojaban al aire sus sombreros; las banderas tremolaban acribilladas de balas y hasta los heridos se levantaban para gozar del triunfo. Era un delirio general.

El mariscal de Sajonia se dejó caer de su caballo y abrazado á las rodillas del rey:

— Señor, le dijo, ya puedo morir porque yo no deseaba vivir mas que para ver á V. M. victorioso. Ahora ya sabeis en lo que consisten las batallas.

El rey levantó al mariscal y lo abrazó en presencia de todo el ejército.

La batalla de Fontenoy fué el principio de una serie de victorias que nos proporcionaron la paz de Aix-la-Chapelle.

El 23 de mayo tomó el rey á Tournay y diez dias despues la ciudadela.

El 18 de julio el conde de Lowendall tomó por asalto á Gante.

El 22 se entregó Bruges al marqués de Souvré.

El 4.º de agosto se apoderó el rey de Oudenarde; Deudeomonde se rindió al duque de Harcourt; Ostende y Nieuport al conde de Lowendall, y Alts al marqués de Clermont Galleraude.

Con la toma de esta última plaza se terminó la campaña de 1745. La de 1746 principió el 20 de febrero con la toma de Bruselas, en la que hizo el rey su entrada el 4 de mayo.

Puesto el rey á la cabeza de sus tropas marcha á Louvain, Liere, Arschot, Herentals y el fuerte de Santa Margarita, que abandonaron los enemigos sin disparar un tiro.

El 20 se tomó la ciudad de Amberes, y el 30 la ciudadela.

El 20 de julio se rindió Mons, el 2 de agosto Charle-roy, y el 19 de setiembre Namur.

Y para que se terminase con brillantez la campaña de 1746, el mariscal de Sajonia ganó el 11 de octubre la batalla de Raucoux, matando á los enemigos doce mil hombres y haciéndoles tres mil prisioneros, sin perder por su parte mas que mil y cien hombres.

Se abrió la campaña de 1747 con la entrada de las tropas en Zelanda, y con la toma de los fuertes de la Esclusa y de Dislendich por el conde de Lowendall.

El 24 de abril se apoderó el señor de Contades de los fuertes de la Perla y de Liefhenskoech.

El 4.º de mayo tomó el señor de Montmorin el fuerte Philipino, y el 15 de setiembre se apoderó el conde de Lowendall del de Berg-op-Zoom, que se tenia por inexpugnable.

Terminó el año de 1747; y el 13 de abril de 1748 se embistió á Maestricht, que se rindió el 4 de mayo.

Muchas veces habia dicho el rey al mariscal de Sajonia:

— Mariscal, ¿cómo no tratan los aliados de que se haga la paz, á pesar de tantas derrotas como sufren?

Y el mariscal siempre le habia respondido con su acostumbrado laconismo:

— Señor, en Maestricht.

Y con efecto así que se rindió Maestricht á los franceses cesaron las hostilidades en Italia entre el duque de Richelieu y el conde de Brown.

La reina de Hungría, el rey de España y la república de Génova se adhirieron á los preliminares que se habian convenido despues de la rendicion de Maestricht entre el rey de Francia, la Inglaterra y la Holanda, y

que concluyeron la paz de Aix-la-Chapelle, firmada el 18 de octubre de 1748.

Hé aquí las variaciones que el tratado de Aix-la-Chapelle producía en el equilibrio de la Europa.

Se daba á don Carlos la confirmacion del reino de las Dos Sicilias. Al duque de Módena, que se habia casado con la señorita de Valois, hija del regente, se le volvia á poner en posesion de sus estados, y se daban al infante don Felipe los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla.

El rey de Prusia, que era el que habia comenzado la guerra, fué el que sacó mas ventajas. Conservaba la Silesia que habia conquistado, y se encontró de repente, por este aumento de territorio y tambien por las severas economías de Federico I, su padre, al frente de una nacion poderosa.

Y en fin, el duque de Saboya, en recompensa de su alianza con la emperatriz, obtuvo una parte del Milanesado.

Como se advierte, el marqués de San Severin, enviado de Francia al congreso de Aix-la-Chapelle, habia cumplido religiosamente los encargos de su amo.

Luis XV no habia querido hacer los tratados como mercader, sino como rey.

Durante este tiempo habian ocurrido: La expedicion del príncipe Carlos Eduardo á Escocia.

La muerte de Felipe V, rey de España, en el Buen Retiro.

La muerte del conde de Bonneval, en Constantinopla.

La muerte del caballero de Belle-Isle al atacar las murallas de Exiles.

Y la del señor de Vintimille, arzobispo de París, del que ya se ha hecho mencion, y del que se tratará aun por la última vez.

La expedición del príncipe Carlos Eduardo, por lo respectivo á nuestra situación con la Inglaterra, estaba protegida por la Francia, era una diversion poderosa que procuraba el gobierno de Luis XV á la Inglaterra.

Salió el pretendiente de Nantes en el buque *La Doutelle* y llegó á fin de agosto á la isla de Barra, una de las Hebridas; desde allí, sin mas apoyo que su nombre, sin mas estandarte que un trabajo de tafetan traído de Francia, sin mas ejército que siete oficiales, y sin mas material que novecientos fusiles, pasó á Escocia y desembarcó el 25 de julio de 1745 en el Moidart.

Los hombres que lo acompañaban merecen que la historia consigne sus nombres. El recuerdo que la posteridad concede á los grandes sacrificios, es ordinariamente su única recompensa. ¡Cuán desgraciados serian los que casi seguros de la ingratitud de los reyes, temiesen tambien ser olvidados por los historiadores!

Aquellos siete hombres eran: el marqués de Tullibardine, proscrito por la parte que habia tomado en la insurrección de 1745; sir Thomás Sheridan, que habia sido ayo del príncipe; sir John Macdonald, oficial al servicio de España; sir Francis Strickland, caballero inglés; Kelly, el mismo que estuvo implicado en el complot llamado del obispo de Rochester; Æneas Macdonal, banquero de París, y Buchanan, que habia sido el encargado por el cardenal de Tencin, para ir á llevarle á Roma al príncipe Carlos la invitación de que pudiera volverse á Francia.

Casi al momento de su desembarque se unió tambien al príncipe otro Macdonal, que tiene para los franceses la ventaja de ser el padre de nuestro célebre mariscal Macdonal.

Uno de los siete caballeros que se reunieron primero al príncipe Carlos, ha dejado una descripción tan sen-

cilla y agradable del desembarco, que parece conveniente traducirla.

« Al ver entrar en el puerto á *La Doutelle*, dice, se habia excitado tanto nuestra curiosidad que corrimos apresurados á la playa para adquirir noticias. La lancha del buque vino á buscarnos, luego que observaron nuestras señales. Nos llevaron al instante á bordo, y nuestros corazones se regocijaron al saber que nos hallábamos tan cerca de aquel príncipe, cuya presencia era tan ansiada en Escocia.

» Llegados á bordo vimos sobre cubierta un gran toldo sostenido en perchas, debajo del cual se hallaba una mesa con vino y licores. Fuimos allí recibidos con alegría por el marqués de Tullibardine, conocido de algunos de nosotros en la primera expedición de 1745.

» Mientras que nos hablaba el maqués desapareció Clauranald, por haber sido llamado, segun conjeturamos, al camarote del príncipe, adonde permaneció por espacio de tres horas poco mas ó menos. Ya no esperábamos ver á S. A. aquella tarde, cuando media hora despues de la vuelta de Clauranald, se presentó un jóven de agradable aspecto con un vestido negro cerrado y camisa sin puños ni guirindola, cuya camisa no estaba por cierto muy limpia; llevaba un corbatin sujeto con una hebilla de plata, peluca rubia, sombrero sin galon y con una cinta de hilo de la que una de sus puntas estaba atada á un boton de su vestido, medias negras y hebillas de cobre en los zapatos. Luego que lo ví, dilató mi corazon un presentimiento; y algo se notaría porque un eclesiástico llamado Obrian, se aproximó á nosotros, y nos dijo al instante que aquel jóven era un eclesiástico inglés, que deseaba hacia mucho tiempo ver á los montañeses y conversar con ellos.

» Cuando el jóven entró donde estábamos, Obrian,

para dar mas crédito á lo que nos habia dicho, nos previno que no nos levantásemos. El jóven eclesiástico no saludó á nadie, y nosotros tampoco lo saludamos mas que de lejos. Quiso la casualidad que cuando él entró me hallaba yo de pié, y tal vez por esto, fuese casualidad ó simpatía, se vino derecho á mí, se sentó cerca de donde yo estaba, y volviéndose á levantar en el acto, me hizo sentar junto á sí en un cajon. Como yo le creia un simple eclesiástico, aunque mi corazon parecia advertirme que era sugeto de mas importancia de lo que decian, le hablé con mas familiaridad de la que hubiese debido hacerlo. Lo primero que me preguntó fué si no tenia ya frio con mi vestido de montañés, y le respondí que estaba habituado á él de tal suerte, que seguramente tendria mas frio, si cambiase mi traje por otro aunque fuese de mas resguardo. Se rió mucho de mi respuesta y se informó cómo podia acostarme con aquel ropaje á su entender embarazoso. Yo se lo expliqué, pero él me hizo la observacion de que envuelto tan completamente en mi plaid, no podia estar listo para defenderme en caso de sorpresa. Entonces le respondí que cuando habia peligro personal ó en caso de guerra, teníamos otro modo de arreglar nuestro plaid, de manera que de solo un salto se hallaba un montañés en pié, con la espada desnuda en una mano y una pistola preparada en la otra, sin que para nada del mundo le estorbasen sus cubiertas. Me hizo despues otras muchas preguntas y levantándose con vivacidad pidió un vaso de vino. Obrian me advirtió al oido que bebiese si el extranjero me lo decia, pero que no brindase á su salud, lo que me confirmó en mis sospechas. Tomó entonces el vaso de vino, bebió á nuestra salud, y se retiró un momento despues. »

Todo el mundo sabe las diferentes vicisitudes de

aquella desatinada expedicion del príncipe Carlos Eduardo, que estuvo á pique de tener buen éxito por lo mismo que era tan desatinada. Rodeado de aquellos pocos hombres, segundado por lord Lovat, y reforzado con un centenar de claimores del clan del Grants de Gleumoriston, despues de haber hecho quemar y destruir todo lo que estorbaba su marcha, franqueó la escalera del Diablo, tomó el fuerte de William, sorprendió á Perth, entró en Edimburgo, y marchó á Preston Paus, donde sir John Cowe reunió un ejército; hizo huir aquel ejército, penetró en Inglaterra con seis mil infantes y doscientos sesenta caballos; se apoderó de Carlisle, se internó en el corazon del reino, atravesó por Manchester y llegó á Derby. Allí se encontraba ya solo á treinta leguas de Londres. Le habian ofrecido grandes movimientos á su favor, pero estos movimientos no se verificaban. Debia contar con hombres y dinero, y ambas cosas le faltaban. Los pareceres de sus allegados estaban divididos. Los soldados principiaban á murmurar. Solo él tiene una voluntad firme á falta de esperanzas. Quiere marchar á Londres, lucha contra la voluntad unánime de todo su ejército. Pero conociendo al fin la imposibilidad de avanzar, se vuelve súbitamente hácia Escocia, llega sin haber sufrido el menor revés, atraviesa por Dunplinjes y Glasgow, reúne algunos refuerzos de franceses y escoceses, y va á poner sitio á Stirling, cuya defensa da tiempo al general Lawlay para reunir un cuerpo de ejército. Carlos abandona el sitio, marcha hácia el enemigo, lo encuentra en Falkirk, y la fortuna le es aun por última vez propicia; pero sabiendo que se aproximaba el duque de Cumberland con su ejército, se retira á Inverness, donde estrechado cada vez mas por las tropas del rey, se ve obligado á aceptar la famosa batalla de Culloden,

Ya se sabe cuál fué el resultado de esta accion. De los cinco mil hombres que componian el ejército del pretendiente, fueron muertos mil y quinientos.

Abandonó Carlos el campo de batalla, acompañado por un gran número de caballeros; pero como habia comprendido que para él estaba todo acabado, fué despidiendo poco á poco todo aquel séquito. Habian puesto precio á su cabeza en treinta mil libras esterlinas, y tal vez no creia él poder contar con tanta fidelidad como la que le guardaron.

El recuerdo de Carlos I, vendido por los escoceses á Cromwell, se presentaba á su imaginacion.

Comenzó entonces aquella maravillosa escapada, en la que John Hume en su historia de la rebelion, y James Boswell en su historia y su viaje de las islas del occidente de la Escocia, han seguido al príncipe paso á paso; aquella huida solo puede ponerse en parangon con la del rey Estanislao.

Desde el campo de batalla y casi sin detenerse, llegó el príncipe á Gortuleg, que pertenecia á lord Lovat; y ya sea porque se creyese aun demasiado cerca del ejército inglés, ó ya porque dudase de la fidelidad de su huésped, se apresuró á marchar al castillo de Inverrary, adonde llegó muerto de hambre, y donde le prepararon para cenar dos salmones que acababa de coger un pescador.

El castillo sufrió un severo castigo por la hospitalidad que por solo un día habia dado al príncipe fugitivo; fué saqueado por los soldados ingleses; hicieron volar con pólvora dos viejos castaños que daban sombra á su entrada; el uno salió absolutamente de raíz, el otro sobrevivió á la explosion, y la mitad de él continuó echando hojas y fruto, y vegetó en tanto que vivió, ó por mejor decir, que vegetó tambien la desdichada rama de los Estuardos. La plata de aquella posesion fué en parte

dejada en manos de los soldados, y con la otra parte se fundió una copa que poseyó mucho tiempo sir Adolfo Onghon, comandante en jefe de Escocia; cuya copa tenia esta inscripcion: *Ex præda prædatoris*.

Pasó Carlos desde Inverrary al Long Island, donde esperaba hallar un buque francés; pero todo, hasta los elementos, parecia tomar partido contra este príncipe. Hay momentos en la vida, en que las cosas inertes é inmóviles, parecen recibir la inteligencia y el movimiento para aumentar un gran infortunio. La tempestad echó al fugitivo de isla en isla, hasta que al fin llegó á South-Vist, donde fué acogido por Clauranald, uno de los siete hombres del Moidart, y el primero que se le habia unido. Allí lo alojaron en el centro de la montaña, en casa de un leñador llamado Corradale.

Pero hasta allí mismo, casi en la frontera del mundo habitable, conoció que no estaba seguro. El general Campbell desembarcó en South-Vist; reunió á los Macdonall de Skye y los Mac-Leods de Mac-Leold, enemigos del príncipe, y á la cabeza de dos mil hombres comenzó las mas minuciosas pesquisas.

Una mujer emprendió entonces, y llevó á cabo un proyecto, de cuyo acierto dudaban los hombres mas bravos y emprendedores.

Esta mujer era la célebre Flora Mac-Donald, parienta de la familia Clauranald, la que en esta época se hallaba en South-Vist, adonde habia ido á ver á su familia; su suegro, conforme lo indica su nombre, era miembro del clan de sir Alejandro Mac-Donald, y por consiguiente, enemigo del príncipe. Además, mandaba la milicia del nombre de Mac-Donald, que se hallaba entonces en South-Vist.

A pesar de las hostiles disposiciones de su suegro, no titubeó Flora, y por medio de él mismo se procuró

un pasaporte para ella, un criado y una criada jóven, que decia ella haber aumentado á su familia. A esta criada jóven del pasaporte, la designaba con el nombre de Betty Burke.

Y esta Betty Burke debia ser el príncipe Carlos Eduardo.

Bajo este nombre y con este disfraz, llegó Carlos á Kilbride en la isla de Skye, pero allí se encontraba todavía en el país sometido á sir Alejandro Mac-Donald. Redoblaba Flora su valor y su astucia, pero creyéndose sin embargo, demasiado débil para llevar ella sola su proyecto adelante, se determinó á adherirse un auxiliar, y este auxiliar no fué otro que la mujer del mismo sir Alejandro, lady Margarita Mac-Donald.

El primer movimiento de lady Margarita, al saber la empresa en que su nuera estaba comprometida, fué un sentimiento profundo de terror; pero la generosidad de corazon tan natural en las mujeres, prevaleció sobre el temor de su espíritu; su marido estaba ausente, pero la casa estaba llena de soldados ingleses; confió en consecuencia el príncipe á Mac-Donald de Kingsburgo, intendente de sir Alejandro, y como era necesario conducir al príncipe á la casa de este intendente, tambien fué Flora la que se encargó de salvar esta última dificultad, y marchó á Kingsburgo, donde dejó al príncipe.

Otra nueva serie de aventuras comenzó entonces para el desventurado Carlos Eduardo. De Kingsburgo pasó á Rasa como criado de su guia; de Rasa avanzó al país del laird de Mac-Kinnon; pero á pesar de los esfuerzos de este jefe, se vió obligado á volver á entrar en Escocia, habiéndolo dejado á la orilla del lago de Nevis.

Los riesgos del príncipe se acrecentaron allí, por hallarse gran número de soldados recorriendo aquel distrito. El príncipe y sus guias se hallaron envueltos en

una red de centinelas, que cruzándose los unos con los otros, en sus facciones le quitaban los medios de poder adelantarse al interior del país. Despues de haber pasado así dos dias, sin haberse atrevido á encender fuego ni una vez siquiera para poder condimentar su alimento, se decidió á tentar el paso por en medio de dos puestos enemigos.

Por espacio de una hora, el príncipe y sus compañeros tuvieron que irse arrastrando como las culebras, por un desfiladero estrecho y oscuro; despues de esta hora de zozobras, habian conseguido pasar la primera línea.

Viviendo de lo que la casualidad les hacia encontrar, pasando algunas veces veinte y cuatro horas sin comer, sin fuego, sin abrigo, cubiertos apenas de vestidos que se les caian á pedazos, el desgraciado príncipe llegó al fin á las montañas de Strarth-Glass, con solo el último compañero que le quedaba. No sabiendo entonces qué hacer, é ignorando adónde dirigirse, se metió en una caverna que solia servir de refugio á una banda de malhechores.

Siete eran los bandidos, casi todos antiguos partidarios del príncipe; se les dió á conocer, y cayeron á sus piés de rodillas.

Los sufrimientos de Carlos Eduardo, tuvieron allí una tregua momentánea. Ningun rey ni jefe de clan, ni propietario de castillo, ha estado jamás servido con un celo y respeto semejantes á los que el fugitivo halló en sus nuevos compañeros.

Solo que lo servian á su manera y no comprendian las reprensiones del príncipe, cuando su celo por él se hacia excederse.

Dos cosas le faltaban al príncipe, por las que manifestaba sentir mas necesidad. Vestidos y noticias.

Para proporcionarle vestidos, se emboscaron algunos

bandidos en el camino por donde tenia que pasar el criado de un oficial que habia de ir al fuerte Augusto con el equipaje de su amo, y lo sorprendieron y mataron. Y manifestándose el príncipe pesaroso de deber sus vestidos á semejante accion :

— Príncipe mio, le respondieron, demasiado honor ha sido para un miserable como ese, el morir por una causa tan digna.

Otro de ellos se disfrazó, y se introdujo en el fuerte Augusto, donde adquirió noticias precisas acerca de los movimientos de las tropas, y para regalar al príncipe, le trajo á su vuelta un bollo del valor de un sueldo.

Tres semanas permaneció con ellos Carlos Eduardo, y el deseo de aquellos bravos habria sido el de que permaneciese siempre; su afecto hubiera sido siempre lo que habia sido durante aquellas tres semanas.

Pero ocurrió un ejemplo raro de afecion y sacrificio, que facilitó la huida del príncipe de un modo menos peligroso.

El hijo de un platero de Edimburgo, llamado Rodrigo Mackenzie, que habia sido oficial en el ejército de Carlos Eduardo, y que sabia todos los peligros que corria el príncipe fugitivo, se hallaba oculto en los *braes* de Gleumoriston; era un jóven de la edad del príncipe, de su misma estatura, y por una rara casualidad tenia con él una extraordinaria semejanza. Una partida de soldados descubrió un dia á Rodrigo Mackenzie y lo atacó. El jóven concibió entonces una idea sublime de sacrificio, la de que su muerte fuese de utilidad para el partido al cual habia consagrado su vida; y despues de haberse defendido hasta la última extremidad, presentó el pecho á los soldados, exclamando :

— ¡ Miserables ! ; vais á matar á vuestro príncipe !

Al escuchar estas palabras se hizo ya imposible el per-

don, y los soldados creyeron que era Carlos Eduardo, y la cabeza de Carlos Eduardo valia treinta mil libras esterlinas. Mataron al falso príncipe, y su cabeza, separada de los hombros fué enviada á Londres.

Se pasó un mes antes de que se descubriese este engaño; durante un mes se creyó al príncipe muerto, y por consiguiente dejaron de buscarlo. Se aprovechó Carlos Eduardo de este respiro para despedirse de sus fieles bandidos é incorporarse en el Badenoch con dos de sus adictos partidarios; Cluny y Lochiel.

Al fin, hácia el 18 de setiembre supo Carlos la noticia de que dos fragatas francesas habian llegado á Lochiaunagh, con el objeto de recogerlo á él y á los fugitivos de su partido.

El 20, Carlos Eduardo y Lochiel se embarcaron en las fragatas, precedidos por un centenar de partidarios que habian venido á buscar un refugio á su bordo.

Y el 29 de setiembre desembarcó el príncipe cerca de Morlaix en Bretaña; á los trece meses despues de su salida de Francia, de cuyos trece meses habia pasado cinco entre la vida y la muerte.

Uno de los dos bandidos que habian seguido al príncipe desde la caverna á donde se habia refugiado hasta Badenoch, en donde se habia reunido con Cluny y Lochiel, fué despues ahorcado en Inverness, por haber robado una vaca.

Este hombre que robaba una vaca que valia quince francos, se habia desdeñado de adquirir por precio de una traicion las treinta mil libras esterlinas que valia la cabeza del que acompañaba.

Vuelto á Francia Carlos Eduardo, se le hizo salir por el tratado de Aix-la-Chapelle; fué arrestado en el momento de ir á la ópera y conducido á Vincennes á la misma habitacion tal vez, á la que cincuenta años des-



pues había de ser llevado el duque de Enghien; se retiró primero á Bouillon y despues á Roma, donde se unió á la condesa de Albany, mas célebre aun por sus amores con el poeta Alfieri que por su amistad con el penúltimo descendiente de los Estuardos.

Carlos Eduardo había sufrido mucho, y tenía por consiguiente necesidad de olvidar mucho. Por esto, ó para hacer un ejemplo sobre las últimas razas reales permitió Dios que pasase los últimos años de su vida en una constante embriaguez.

Murió en Florencia el 34 de enero de 1788.

El mes de enero es fatal para los Borbones y para los Estuardos.

El último de los Estuardos, el cardenal de Yorck, murió en la capital del mundo cristiano en 1808.

Un mismo monumento ha cubierto las cenizas de los dos hermanos, reunidas en el vasto museo de polvo ilustre que se llama Roma.

La muerte de Felipe V no produjo ningun cambio en Europa; le sucedió su hijo el príncipe de Asturias con el nombre de Fernando VI.

En cuanto á la muerte del conde de Bonneval, podría decirse que este suceso no había sido mas que el complemento de la existencia mas aventurera tal vez, que pueda haber sacado la historia de los caprichos de la novela.

Nacido el 14 de julio de 1675, educado en el colegio de los jesuitas y á la edad de doce años admitido en el de la marina, Claudio Alejandro, conde de Bonneval, estuvo á pique de ser reformado por el marqués de Seignelai, ministro de Marina, que pasando revista á los guardias marinas y no viendo en él mas que un niño, manifestó que debería salir del colegio.

— Señor ministro, dijo con altivez el jóven, á los

hombres de mi nombre no se les hace salir de los colegios.

Comprendió el ministro con quién se las había, y respondió:

— Sí tal, señor, se les hace salir de los colegios cuando son simples guardias marinas, para que vayan á servir con alférez de navío.

Los combates de Dieppe, de la Hogue y de Cádiz probaron que ni el conde de Bonneval, ni el señor Seignelai se habían equivocado.

Un lance de honor hizo que el conde de Bonneval dejase la marina, y compró un empleo en 1698 en el regimiento de las guardias. En 1701, obtuvo el regimiento de la Tour-Infantería; pero en 1704 se incomodó con el señor de Chamillard, pidió un permiso al duque de Vendome, y empleó el invierno de 1705 á 1706 en viajar por Italia, donde trabó amistad con el marqués de Langallerie, que del servicio de Francia se había pasado al del imperio. Mucho tiempo tardó en seguir su ejemplo; pero habiéndole llamado la atención al príncipe Eugenio su comportamiento en las filas francesas en la batalla de Luzzara, le hizo hacer una propuesta á la que accedió, y tomó el grado de general-mayor en las tropas austríacas. Su admirable valor quedó desde entonces al servicio extranjero. Se distinguió en Turin en el ataque de las líneas, donde tuvo la suerte singular de salvar la vida á su hermano el marqués de Bonneval, al que reconoció repentinamente en medio de las bayonetas húngaras, á pesar de que ni siquiera sabía que estuviese peleando contra él. Desde este momento se encuentra en todas partes al conde de Bonneval. Fué el primero en la toma de Alejandría; uno de los primeros en el asalto del castillo de Tortona. En los Estados pontificios le rompieron un brazo; en